

M I BELLA Y MANSA

José cuídate mucho porque en la Capital las cosas son distintas, allá no encontrarás nadie dispuesto a ayudarte a pegar un botón o recordarte que es necesario bañarte cada día al volver del colegio. Esas recomendaciones me las hacía Rosa mientras iba metiendo tres pantalones y unas tantas camisas en la maleta, en un intento por hacer me llevara de una sola vez todo lo necesario para comenzar estudios de liceo. Era un largo rosario de cosas sugeridas; entre cortos jadeos, cuya gran letanía era que no olvidara cómo pasan los años volando y dentro de poco tiempo estaría con Jesús, Emiliano, subiéndome a las palmas encorbadas del techo o persiguiendo con fondas las cabecitas apenas asomadas de tuteques. Eso lo repetía enfrente del espejo en donde se sentaba a empolverarme y a ponerme loción en el pañuelo el cual usaba para secarme las pestañas un poco humedecidas, consciente como estaba de que pronto estaría el loco parapeto del autobús esperando por mi. Con el dedo contaba encomiendas que habría de entregar tan pronto llegara a la parada de Caño Amarillo. Y agregaba no debes olvidar decir que Carmen Belén continúa todavía con el asma y nosotros con este invierno encima que a lo mejor termina por tumbarnos la casa. Seguía revisando de arriba a abajo mi pantalón con camisa de cuello grandote, intentaba alegrarme para darme un poco más de ánimo, pero ya desde hacía mucho rato me había entrado esa pereza infinita que siempre me pegaba a los días, hasta permanecer con la cara metida en el borde de la mesa o tirado en los patios. Me llamaban y escuchaba el eco rozar tablas del escusado con lo que se espantaban murciélagos pegados de las vigas, pero ya andaba lejos cogiendo caimitos y poncigués en las tapias de Nieves o echado sobre tierra, por donde vigilaba moverse una silueta que para no alejarla empezaba a soltar suave la respiración al convertirse en conejo pintado que se asomaba quietico por la mira del rifle de balines. Fíjate José allá no puedes quedarte pegado a las paredes escarbando con los dientes la cal como acostumbras hacerlo en el rincón del baño. Y todos me miraban con los paquetes puestos en el centro del recibo, acosado por las observaciones repetidas cien veces para fijarlas bien en medio de la alegría común tomada en una foto barata de la cual sólo queda sombras de unos cerezos. Lustraba los zapatos comprados en casa de Oronoz para volver de nuevo a abrir con cuidado la carrera en mi pelo brillante e insistía con idénticas frases dichas en ese instante encimita de mí para ver de cerca por donde andaba el sentimiento. Caminaba los cuartos a la espera del frenazo en medio de la puerta y mojaba los dedos para limpiarme en un punto del vidrio al mirarme tal cual pudiera ser mi manera de andar con libros por alguna calle de Caracas.

Sonidos de una cometa fofa me sacaron del hoyo en el cual me encontraba para salir corriendo y apenas pude dar unos cuantos abrazos bajo el ruido de voces agolpadas a la entrada del zaguán, hasta ponerme de un salto en el primer asiento. En el fondo había



un guacal con gallinas semiescondido entre piernas gordas de señoras que me vieron distantes, al revisar otros acompañantes conocí seis personas habitantes del pueblo y los demás eran gente venida del campo. El chofer sacó la mano en señal de partida. De inmediato sentí sensación de tristeza que descendió amargar a las comisuras e intenté agarrarme fuertemente las manos en señal de coraje. Pasados unos minutos el chofer gritó fuerte para que todo el mundo oyera que al entrar en las rastras íbamos a tragar polvo y que a lo mejor al llegar a Caracas nadie se reconociera. Yo me amarré el pañuelo para taparme la nariz y lo mismo hizo casi toda la gente. El ritmo quebrado del perol cargado de animales, pasajeros y pájaros pareció encontrar la ruta a través de cambios bien medidos entre ruidos de pedazos de hierros hechos con tanta fuerza que pareciera el motor se fuera a reventar. El zumbido se perdía con las conversaciones asentadas en mandíbulas de mujeres que ya habían tirado los recuerdos del pueblo para sólo pensar en dos o tres lugares por los que pasarían contentas de estar dentro de nueve horas en la ciudad. Yo únicamente registraba unos parajes que divisaba lejos entre nubes de polvo, por donde quizás andaría a esa hora mi bella y mansa pollina, mordiendo cogollitos en flor.